



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 27 DE NOVIEMBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Espejos de agua, sueños y pesadillas

LA HORMIGUITA Y SU AMIGA
OLGA DE LEÓN G.

¡Cuánto amaba escribir! Por más que, frecuentemente, un día sí y a veces otro también, clamara por una idea, un tema del cuál hablar, una fantasía para volcarla en su página en blanco cada día producía algún relato, una poesía, un cuento, en fin... Y a pesar de que se quejara poco o mucho de la sequía que reinaba en su imaginario -mera fantasía o artificio de escritora- la mujer nunca deja de escribir, ni un solo día.

Con honrosas excepciones, también disfrutaba -como infante en parque de diversiones- de esos días especiales que solía tener, en los que solo bastaba con que se sentara frente al ordenador y dejara que sus dedos guiaran el repiqueo sobre el teclado, esos en los que, con su mirada iluminada de modo especial, iba cerrando todo contacto con lo externo, creando una barrera infranqueable entre su quehacer creativo y lo que la rodeaba: el mundo externo dejaba de existir.

Esa tarde, entre medio soleada y brumosa, su nostalgia trajo a la casa de papel, a su gran amiga y personaje favorito, la hormiguita muy trabajadora y viajera, quien, a la sazón, andaba muy cerca del barrio: telepatía o empatía entre creadora y ente creado. ¡Quizás!

-Mira, amiga hormiguita, ¿ya te viste en el espejo, el que flota entre las ondas húmedas de ese riachuelo?

-Sí, amiga. Pero, solo me veo yo, ¿en dónde estás tú?

-Dentro de tu cerebro... (Risitas) O, atrás de ti, y por eso no me veo: ni para ti ni cualquier otro que se asome a estas aguas calmas.

La hormiguita, quien era especialmente inteligente y perspicaz, se quedó por un instante perpleja ante la respuesta de su amiga, la escritora; entendió lo que había escuchado. Pero no lo creyó... -Debe estar "cabuleándome", -pensó. - ¿Cómo puede ser que ella, con lo grande que es, en comparación con mi pequeño cuerpo y minúsculo cerebro, quepa dentro de mi pequeña testa?

Sacudió su cabecita y con el movimiento movió también sus antenitas, por lo que sufrió un ligero mareo al que no le dio importancia.

Al día siguiente, la hormiguita se levantó como de costumbre e igual salió, alegre y canturreando, en busca de la comida del día y de los días de fuertes vientos y tormentas que sabía vendrían pronto, muy pronto: era una hormiguita muy precavida, colaboradora y solidaria con la familia y todo el pueblo de las colonias de hormiguitas que estaban cerca de su casita.

Mientras repasaba mentalmente los lugares que debía visitar: consulta con el médico, pasar por las medicinas que le quedaron pendientes la semana pasada, comprar suficiente verdurita y fruta y hacer los pagos próximos a vencerse: todo lo cual había anotado en una lista que llevaba en su bolso de mano, se acordó de algo muy importante: ir de nuevo al riachuelo donde se había visto la vispera y confirmar que no se hubiera quedado allí, su amiga escritora, pues no la vio en el espejo del río, ni contestó a su llamado telefónico en la mañana temprana.

Entonces, y solo hasta entonces, se dio



cuenta que no iba a pie, ni en bicicleta, ni encima de la oreja de su gran amigo, el elefante azul. Iba conduciendo un auto, nada más ni nada menos que el auto casi de colección, por lo antiguo, -o debía decir viejo, simple y llanamente, viejo- de su muy querida amiga, la escritora (poco conocida, pero indiscutiblemente escritora).

¿Por qué iba ella trepada sobre y tras el volante del Getita de su amiga? Acaso se lo prestó la noche anterior, porque no pensaría nadie: ¿que ella pudiera habérselo robado a su amiga del alma? Se detuvo intempestivamente.

Debía aclarar sus ideas y sobre todo hallar a su amiga. La Pandemia había acabado ya con la vida de demasiados amigos y conocidos, los feminicidios estaban a la orden del día, las desapariciones de mentes con ideas contrarias al gobernante, no se les hallaba ya, casi por ninguna parte, no a los realmente pensadores y pensantes filósofos no provistos ni de bienes económicos notorios ni de padrinos que los cuidaran de que pudieran desaparecerlos por pensar libremente y expresar en voz alta sus pensamientos opuestos a los de los poderosos...

Nuestra hormiguita era un ser con mucha imaginación y, ¡más verbo! Cada día, se parecía más a su amiga escritora. Pero volvamos atrás, varias líneas atrás: "Debe estar "cabuleándome"... ¿Cómo puede ser que ella... quepa dentro de mi pequeña testa?" (Había pensado en un instante de reflexión y duda).

La hormiguita respiró con tranquilidad, cuando tras mirar en el espejo retrovisor, encontró el rostro de su amiga escritora. Allí estaba, allí había estado todo el tiempo... y, ¿ella, la hormiguita? ¿A dónde se había ido? ¿Cuándo se bajó del auto?

No, no se había bajado, seguía allí, pero en una orillita del retrovisor... Desde donde le sonreía a la amiga, que una vez más había logrado crear un cuento; o eso creyó ella... la escritora.

¡Buenos días! ¡Buen domingo! El sol

sigue escondiéndose, pero la luz de una mente creadora e inquieta, nunca se apaga. A veces, duerme una siesta y deja su trabajo, tarea u oficio bienamado, solo por un rato, pero siempre en buenas manos, como: las de la hormiguita colorada u otro amigo incondicional del arte de crear cuentos, fábulas, historias inverosímiles o relatos más o menos creíbles.

VISIONES, MAREOS Y ENORMES VACÍOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Sandra arribó quince minutos antes de tiempo a la cita. De su bolso grande sacó su celular. Abrió la aplicación de mensajes y le escribió a Daniel: "Hola, ya estoy en una de las mesas al fondo. Llegué temprano". A unos metros de distancia se escuchó otro celular que recibía un mensaje. Daniel sacó del bolso delantero de su pantalón el teléfono. Alzó la vista y encontró con la mirada a una mujer que podía ser su encuentro. "Expreso doble con leche de coco", se escuchó gritar al barista. Daniel tomó su bebida de la barra y se encaminó a la mesa de Daniela. Era la primera vez que se veían en persona. Habían hecho contacto a través de una aplicación de citas. Ninguno se desprendió del cubrebocas inmediatamente, pero medio minuto después lo hicieron. "¿Te traigo algo?" "Un té de menta". Daniel se levantó y cinco minutos después volvió con la bebida de ella. Platicaron de las reacciones químicas que investigaban. Ambos tenían doctorados y eran profesores. Luego abordaron el tema de sus pasatiempos: Los de ella: subir montañas caminando y viajar por los pueblos cercanos a la ciudad. Los de él: ver películas de Netflix con palomitas e ir a los teatros. Luego de dos horas de conversación, había oscurecido afuera y la luz de los faroles se esfumaba por la ventana junto a la que estaban sentados. "Creo que es tarde", dijo Sandra. "De acuerdo", respondió Daniel y continuó: "No sonrías mucho". "Es que no eres muy chistoso". "Ah. Entonces no es que seas muy

seria". Sandra respondió que no con la cabeza. Pero su mirada escondida, sus brazos alrededor del bolso grande sobre las piernas y sus puños apretados parecían indicar otra cosa.

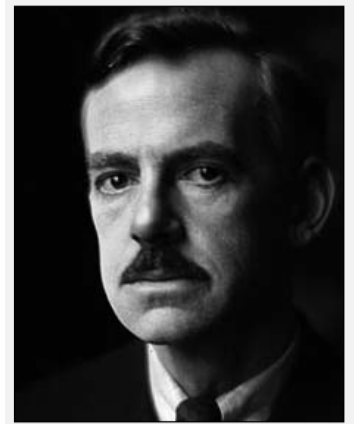
Caminaron al Metrobús. Uno iba en dirección a Indios Verdes, el otro hacia El Caminero. Se dieron un beso en la mejilla y se despidieron. Daniel abordó el transporte erguido, sonriente, con el rostro iluminado. Encontró un lugar disponible y se sentó. Dos estaciones más adelante, subió una señora de la tercera edad a quien le ofreció su lugar. Continuó su trayecto parado, mirando por la ventana. Nadie lo imaginaba, pero Daniel había sido acusado de intento de violación en su juventud. Aún lo recordaba ahora, a los cuarenta años.

En una borrachera de universidad, una compañera se embriagó hasta noquearse en el sillón de la sala donde se desarrollaba la fiesta. Él se quedó a dormir. Durante la madrugada, se levantó de la alfombra donde estaba recostado y comenzó a desvestirse a la amiga. Empezó por desabrocharle los pantalones y estirarlos desde las botas. Cuando la cintura de la ropa estaba en las rodillas, otra compañera que había despertado para ir al baño, lo descubrió. Pegó el grito que despertó a todo mundo, excepto a la compañera derribada en el sillón. Lo detuvieron a empujones y lo corrieron de la casa, a esa hora. La afectada no quiso proceder con una denuncia por la mañana, a pesar de que contaba con los testigos.

Cinco años después, otro intento de violación de Daniel se convirtió en un hecho consumado. Esta vez, salió de paseo con una joven que había conocido en casa de un par de compañeros de trabajo. La invitó a cenar y colocó en su bebida una droga que él mismo fabricó. En el viaje en auto en el que Daniel la llevaba de regreso, ella comenzó a sentir mareos, dificultad para hablar, para moverse y resintió fuertes dolores de estómago. "Hay visiones y te oigo distorsionado, creo que me drogaron, Daniel", le dijo antes de entrar en sueño profundo. Daniel la llevó a su departamento y ahí consumó el acto. Ella despertó en la cama junto a él. Comenzó a gritarle y a amenazarlo preocupada por lo que hubiera sucedido. Daniel la golpeó hasta matarla. Abandonó su cuerpo de madrugada, en las afueras de la ciudad, en la carretera rumbo a Acapulco.

Ese fue el primero de tres asesinatos. Cada uno con cinco años de diferencia. Había una llama feroz en el interior de Daniel desde que había sufrido un abuso sexual en la infancia, de parte de su padre adoptivo. Un ardor que crecía con el tiempo y que solo podía apagar actuando como lo hacía. Y ahora, era tiempo de echar agua sobre las llamas. Por eso estaba entusiasmado por su encuentro con Sandra.

Cuando Sandra arribó a su departamento, le marcó a su amiga más cercana para platicarle. "Hay mucha tristeza en ese hombre", le dijo, "y tiene algo que no me cuadra". "Entonces no vuelvas a salir con el tipo", le dijo la amiga. "Tienes razón", respondió Sandra. Y el vacío que Sandra sentía en el estómago desde que se había despedido de Daniel, se llenó con un poco de hambre que satisfizo con un simple sándwich.



Eugene O'Neill

(Nueva York, 1888 - Boston, 1953) Dramaturgo norteamericano. Su juventud aventurera no sólo le suministró las primeras experiencias a utilizar en las obras con que se dio a conocer, sino que le valió también para enfrentarle con los problemas que plantea el contraste entre el destino y la naturaleza del hombre y que constituyen el centro de su obra, entendida no en sus relaciones humanas, sino en las relaciones entre el hombre y algo que puede llamarse Dios o Hado.

Su padre era un irlandés que emigró a los Estados Unidos, donde llegó a ser bastante conocido como actor y director teatral, y que durante muchos años fue popularísimo personificando el conde de Montecristo en la versión escénica de la obra de Dumas. Hasta los siete años, Eugene O'Neill siguió a su padre en sus "tournées"; después pasó por varias escuelas, casi siempre católicas; en 1906 se matriculó en la Universidad de Princeton, que abandonó un año después para ser empleado en Nueva York.

Dejó este puesto también para unirse a una expedición de buscadores de oro que se dirigía a Honduras; la expedición fracasó y O'Neill, de regreso a la patria, se hizo subdirector de una compañía dramática que recorría los Estados Unidos, hasta que sintió la llamada del mar y se enroló en un velero noruego que zarpaba de Boston para Buenos Aires. Desempeñó en esta ciudad diversos empleos; pero pronto volvió a embarcar, como simple marinero, en un barco inglés que hacía la ruta Buenos Aires-Durban y regreso. El tercer viaje lo condujo de Buenos Aires a Nueva York, donde entró como tripulante en un transatlántico de la línea Nueva York-Southampton.

Vuelto a los Estados Unidos, fue actor en la compañía de su padre e hizo una "tourné" por el Far West; por último, pasó del escenario a la redacción del Telegraph, modesto periódico de New London, en Connecticut, como gacetero. Poco tiempo después descubrió que tenía un principio de tuberculosis y hubo de permanecer seis meses en un sanatorio, entre 1912 y 1913. Salió de él físicamente curado y decidido a escribir para el teatro.

En la atmósfera, entonces apasionada y entusiasta, del Greenwich Village de Nueva York, compuso las primeras obras dramáticas en un acto que al año siguiente representó un grupo de actores en Provincetown (Massachusetts). Estos Provincetown Players se trasladaron a Nueva York y ofrecieron a O'Neill una salida a su abundante producción, que suma más de cuarenta títulos en las obras completas del dramaturgo.

El fatalismo, que había encontrado ya expresión en Anna Christie (1921), condujo a O'Neill a una forma de teatro experimental, alimentado también con las diversas doctrinas nuevas que el autor iba descubriendo. Con deseo bajo los olmos (1924) comenzó a demostrar la influencia del psicoanálisis; y mientras en El gran dios Brown (1926) el uso de las máscaras simbólicas muestra todavía viva la acción del expresionismo, Extraño interludio (1928) y Dynamo (1929) pretenden traducir el flujo continuo de la conciencia, las frustraciones, los complejos y otros elementos psicoanalíticos recurriendo al pensamiento hablado (sutil desarrollo del antiguo "aparte") y al drama-río en nueve actos.

En Días sin fin (1934) aparece un protagonista atraído irresistiblemente hacia el catolicismo; en Llega el hombre de los hielos (1946) se expresan de un modo simbólico la pérdida de las ilusiones y la proximidad de la muerte. En el mismo año fue atacado O'Neill por la enfermedad de Parkinson, que puso prácticamente fin a sus actividades.

Quizá le lleva a esta conciencia la comprobación de que solamente él, de toda la familia, logró redimirse y salvarse a través de su obra de escritor; aunque no estaría muy alejado de la verdad el reconocimiento de que su fatalismo pesimista es un reflejo de aquella doctrina calvinista que el puritanismo, nunca apagado en la conciencia norteamericana, ha perpetuado desde los tiempos de los Padres Viajeros. Póstumamente fue publicada, en septiembre de 1957, la obra A Touch of the Poet.

ad pédem literae

La vida es como una leyenda: no importa que sea larga, sino que esté bien narrada

Séneca

Letras de buen humor

No hay amor más sincero que el amor a la comida

George Bernard Shaw

Joana Bonet

Caminar para salvarnos

"Voy a estirar las piernas", decían nuestros padres sin necesidad de mejor excusa para salir de casa. Era una frase adulta, una manera de estar en el mundo que nos producía cierta admiración. El hombre salía a dar una vuelta y airearse tras horas de trabajo, mientras que la mujer se limitaba al paseo y el vermut del domingo, del que participábamos los crios, muertos de aburrimiento. En la infancia andar cansa. Se camina corriendo, saltando, arrastrando los pies porque se quiere llegar a destino sin contemplaciones. Y en la juventud, hacerlo demasiado significaba perder el tiempo, a no ser que se tratara de una ciudad extranjera.

La posmodernidad abandonó el paisaje, lo desembelleció y dejó los bosques animados para Hockney, harto de las piscinas. Porque el placer -fuera en forma de música, sexo, cine o fiesta- se convocaba en lugares cerrados, y su máximo encanto radicaba en esa idea de privacidad. Las parejas recién enamoradas, en cambio, recuperan el paseo orgullosamente enlazadas, a fin de confirmar su vínculo, hasta que se hace insulso al mermar en palabras y capacidad de asombro.

Hoy, hombres y mujeres de todas las edades caminan para salvarse. Para cuidar su salud mental, además de la fisi-

ca. Pasos sin destino que acumulamos y contabilizamos como un modo de luchar contra la incertidumbre. Y de sacudirnos esa melancolía que Freud describía como una falta de reconocimiento de la pérdida de cualquier tipo: una negación sostenida de modo inconsciente. Judith Butler -premio Princesa de Asturias- se pregunta en ¿Qué mundo es este? (Arcadia Editorial) cómo hacer para que la vida sea digna de ser vivida. Ante la crisis climática y sus desafíos, el colapso de la sanidad pública y la crueldad que significa postergar pruebas y cuidados para los enfermos, o la dificultad de acceder a una vivienda digna, Butler apela al reconocimiento de la interdependencia, a la implicación de unos y otros, y a formalizar un compromiso firme con el planeta para tejer un mundo común más habitable.

Durante la pandemia nos convencimos de que salir a la calle es una de las pocas religiones universales, no solo para atrapar la imprescindible melatonina, sino para hablar con extraños, que a menudo alivian más que los viejos conocidos.

Tras aquellos meses confinados, volvimos a sentir la ráfaga del perfume cítrico de la vecina, vimos a niños sentados en una escalera, moviendo las piernas con las manos bajo el trasero, y



pisamos la hojarasca. Resucitó la noción de paisaje, y la urgencia del paseo supuró por las cuatro paredes. "Andar hace que saquemos lo mejor de nosotras", escribe Vivian Gornick en Apegos feroces (Sexto Piso), y recuerda que, en las caminatas por Manhattan con su madre, a menudo se pelean, e incluso a veces no se quieren, pero siguen paseando.

El espacio exterior nos interpela: pasamos el 80% de nuestros días resguardados en interiores desconectados del paso del tiempo, de la luz cambiante. "La gran conversación de la naturaleza

con el hombre se ha roto, ya solo hablamos entre nosotros", escribe Marta D. Riez en su delicioso Agua y jabón (Anagrama), que también exalta la cultura de los jardines, "hoy refugio de románticos y rebeldes (de acción, no de boquilla)", señala la autora, teniendo en donde hoy florecen rosales y madreselvas llegue pronto un Starbucks con patinetes eléctricos a su puerta. No hay que recuperar el paseo como medicina, no, sino como un consciente acto de resistencia. ¿Cuántos senderos siguen aguardándonos?